

Religión y política en Colombia: El caso del pentecostalismo

Lucía Eufemia Meneses Lucumí¹

TEJEIRO SARMIENTO, C. (Ed.). *El pentecostalismo en Colombia: Prácticas religiosas, liderazgo y participación política*. Primera edición. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, Grupo de Estudios de la Religión. Colección CES. 2010, 344 p.

Resultado de diversas investigaciones de estudiantes y profesores del Grupo de Estudios de la Religión del Programa de Sociología de la Universidad Nacional en Bogotá, aparece el primer libro compilado que describe y analiza el pentecostalismo en Colombia. Es un texto dividido en tres partes tituladas así: la primera, “El fenómeno del pentecostalismo en Colombia y su estudio”, con 5 artículos que presentan una introducción general al tema y realizan un estado del arte de los estudios sobre este grupo religioso en el país. La segunda, denominada “Prácticas religiosas en el pentecostalismo”, tiene 3 artículos que presentan el milagro, la música y la identidad, y la profecía como acciones colectivas relevantes. La tercera parte se llama “Carisma, liderazgo y participación política”, con 4 artículos que le dan el título al libro. Essa parte tiene un énfasis en el liderazgo femenino y la participación electoral de La Iglesia de Dios Ministerial de Jesucristo Internacional que con su Movimiento Independiente de Renovación Absoluta MIRA ha sido fuertemente cuestionado en el país en el último año. Su cuestionamiento público ocurrió por la aparición de videos con afirmaciones controversiales: uno de su lideresa espiritual en que decía que “ningún mutilado podía predicar en un púlpito”, y el otro de su presidente nacional señalando la disposición a la compra de votos para las elecciones.

1 Antropóloga, candidata a Doctorado en Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

En el primer capítulo, titulado “El pentecostalismo en el contexto del cambio social y religioso en América Latina y Colombia”, Clemencia Tejeiro llama la atención sobre el cambio religioso en el continente y el crecimiento de las iglesias especialmente la pentecostal (p. 17). Uno de los aspectos más llamativos sobre el pentecostalismo en Colombia es que los “primeros estudios fueron promovidos y efectuados por organismos confesionales como el Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano (SPEC), estudios que contrastaban con los realizados por la Confederación de Evangélicos de Colombia (Cedec)” (p. 23). Situación nada particular considerando que la imposición del catolicismo ocurrió hasta los inicios del siglo XX y solo hasta los años 50 se aprecian diversas corrientes religiosas que finalmente son reconocidas por la Constitución Política de 1991 que separa la Iglesia del Estado y amplía el marco legal sobre pluralidad y tolerancia religiosa (p. 24).

Jorge Ravagli, en el segundo capítulo titulado “El pentecostalismo y su llegada a América Latina y Colombia”, muestra que la doctrina pentecostal viene a Colombia a través de misioneros enviados por las Asambleas Pentecostales de Canadá que en 1937 llegan a Santander, departamento ubicado al nororiente. Allí se unen a misioneros “trinitarios” (no señala su procedencia) con quienes inician la expansión a otros departamentos, especialmente los costeros del norte. La expansión posterior a 1953, año en que fue ordenado el primer pastor colombiano (p. 43), es a todo el país con un trabajo centralizado en el Departamento del Valle del Cauca en cuya capital, Cali, ocurrió la nacionalización del grupo en 1967 (p. 44). Este proceso de expansión ha tenido éxito al punto de tener trabajo entre diversas comunidades indígenas y enviar misioneros a países de América Central y del Sur, Europa y África (p. 45).

En el tercer capítulo, titulado “Hipótesis socio-histórica sobre el ascenso del movimiento pentecostal en Colombia”, William Beltrán señala que ellas están relacionadas con tres temas: la modernización y secularización de la sociedad; la desregulación del mercado religioso; y las repercusiones políticas del proceso de pluralización religiosa (p. 57-58). Con base en diversos sociólogos de la religión, especialmente Berger y Bastian, su análisis muestra la sociedad colombiana como libre de la influencia del catolicismo, con un movimiento pentecostal eficiente al convertirse en una empresa religiosa construida “sobre la base del carisma de sus fundadores” que se “formalizan, institucionalizan y expanden adquiriendo poder económico, visibilidad social y capacidad de negociación política” (p. 69). Essa actividad política “reproduce las características propias del movimiento: organización alrededor de líderes carismáticos y su fragmentabilidad” (p. 70). Las afirmaciones del autor son muy discutibles, sobre todo las relacionadas con la secularización de la sociedad colombiana, especialmente la influencia del catolicismo pues lo que lo cotidiano muestra es

contrario en temas políticos actuales como el matrimonio entre personas del mismo sexo, el aborto o simplemente las posiciones institucionales conservadores como las del procurador general de la nación.

William Beltrán, en el capítulo cuarto titulado “La expansión pentecostal en Colombia. Una revisión del estado del arte”, señala que, en general, los estudios desde las ciencias sociales sobre el pentecostalismo en Colombia pueden ser ubicados en los siguientes ejes temáticos: trabajos precursores sobre la expansión (p. 87), pluralización religiosa e identidad; pentecostalismo y política (p. 89), pluralización religiosa urbana (p. 90), pluralización religiosa y comunidades étnicas (p. 91). No existen trabajos que busquen comprender el cambio religioso pues todos son estudios de caso de tipo histórico o etnográfico sobre organizaciones religiosas particulares (p. 94).

Por su parte Jeiman López, en el último capítulo de la primera parte titulado “Interpretaciones y perspectivas de estudio del pentecostalismo latinoamericano”, afirma que los estudios sobre América Latina tienen las dificultades propias de la conceptualización del pentecostalismo y en ellos se pueden notar dos tendencias: los que lo analizan como “movimiento religioso que re-significa el sentido social”; y los que lo ven como una “forma de resistencia al orden social” (p. 112).

De otro lado, uno de los aspectos más llamativos del pentecostalismo es el milagro, tal como lo presenta Sandra Ríos en el primer capítulo de la segunda parte llamado “La construcción retórica del milagro. Análisis del discurso religioso neopentecostal”. Con base en el trabajo en dos iglesias – El Centro Misionero Bethesda y el Centro Mundial de Avivamiento en la capital del país – llega a la conclusión de lo difícil del uso de la categoría y señala que: primero, se usa el testimonio para “volver lo cotidiano sobrenatural”, los problemas privados que se llevan al ámbito de lo público a través de él; segundo, la importancia del análisis del lenguaje y del auditorio de los creyentes (p. 148). Unido al milagro aparece la música como elemento expresivo de la espiritualidad pentecostal que constituye formas de construcción de identidad y cohesión. Jorge Ravagali, en el capítulo titulado “Música, fervor y construcción de identidad. Evolución de la expresión musical en la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia”, identifica dos espacios en los que la música tiene gran importancia – el culto y los congresos o reuniones masivas – y muestra que el proceso de cambio comprende la incorporación de ritmos y elementos musicales y la organización eclesíastica particular para la ejecución; destacando dos vertientes en el estilo musical: “las alabanzas y las adoraciones” (p. 179).

Para finalizar la segunda parte del libro, Gina Reyes analiza el don de la profecía en una de las iglesias más grandes de Colombia. En el capítulo

titulado “El don de la profecía en la Iglesia de Dios Ministerial de Jesucristo Internacional”, señala que la depositaria de la profecía es la señora María Luisa Moreno Piraquive, que es equiparada con profetas del Antiguo Testamento y quien preparará la segunda venida de Jesús (p. 193). Esta doctrina unida a la idea de la prosperidad venida de parte de Dios ha permitido la expansión de las membresías, automáticamente el crecimiento del diezmo y la creación de un movimiento político como “expresión máxima de que Dios da prosperidad a su iglesia y que la bendice” (p. 211).

La tercera parte del libro tiene 4 capítulos. En el primero, Gina Reyes y Clemencia Tejeiro muestran que la participación política de las iglesias en Colombia es un tema de investigación reciente reseñando dos trabajos importantes y llegando a la conclusión que los partidos políticos convencionales y los confesionales no tienen ninguna diferencia en su función y fines (p. 227). En el segundo capítulo, Ivón Cuervo presenta el caso de la participación de las mujeres pentecostales en la política desde el Movimiento Unión Cristiana y el Partido Nacional Cristiano. A través de las historias de vida de Claudia Rodríguez de Castellanos y de Viviane Morales Hoyos, primeras mujeres provenientes del pentecostalismo en ganar un puesto en el congreso, y de otras mujeres destacadas, se subrayan tres ideas: la participación activa de las mujeres en la fundación y expansión del pentecostalismo en el país por su protagonismo en la práctica de “dones espirituales” (p. 236); la efervescencia de partidos confesionales liderados por ellas y su declive al ser cooptados por partidos políticos tradicionales; e la no desaparición del machismo en el pentecostalismo a pesar del amplio liderazgo y participación femenina (p. 256).

En el tercer capítulo, Gina Reyes, con base en los postulados de Max Weber, analiza el papel del carisma en una figura ya mencionada: María Luisa Moreno Piraquive, llamada la “madre espiritual” (p. 273) de la Iglesia de Dios Ministerial de Jesucristo Internacional. Además, muestra la elección por Dios para su cargo, la historia de la transmisión del carisma en su hija y la expansión de la iglesia con base en su carisma. Finalmente, en el último capítulo Gina Reyes analiza el comportamiento electoral del MIRA, uno de los primeros movimientos políticos derivados de una iglesia pentecostal en obtener presentación en Consejos Municipales y en el Congreso (p. 289). Muestra que la relación entre el número de votos alcanzados por el movimiento y el número de sedes de la iglesia no es directamente proporcional como otros autores lo habían mostrado (p. 297). Concluye que el análisis de la participación política partidista-electoral se sitúa en dos momentos: el primero, tiene que ver con la Asamblea Nacional Constituyente en 1991, y el segundo, cuando aparecen otros partidos políticos de origen pentecostal (p. 310-311). Aunque la representación del MIRA fue pequeña con solo el

2.58% de la población total votante en el año 2006 (p. 317), sin duda alguna en Colombia es el único movimiento político de cuna religiosa que ha alcanzado importante representación política.

Al libro que acabo de presentar se le puede criticar su interés específico por la iglesia pentecostal en el ámbito urbano olvidando la creciente expansión e importancia en lo rural. Sin embargo, es necesario destacar que es allí en las ciudades, especialmente en la capital, donde los liderazgos políticos son mostrados en cargos de pastores y pastoras en el seno de iglesias con amplia participación. En estos lugares esos liderazgos pueden recibir respaldos sólidos para acceder a espacios políticos más amplios, no sin desconocer el crecimiento del pentecostalismo en las ciudades intermedias y en los campos colombianos.

Sin duda alguna, tal como lo señalaron los autores, la relación religión y política electoral en Colombia es un tema reciente de investigación. Aunque el fenómeno de participación política del pentecostalismo es visible en las últimas dos décadas, aún faltan trabajos amplios que muestren el proceso político en el nivel local y regional no solo en el caso de esta iglesia sino también de otros grupos religiosos que se han aventurado a asumir posiciones activas frente a la política. Lo anterior no le quita el mérito a este libro, que es un texto de obligatoria lectura para quienes están interesados en conocer no solo la historia del nacimiento, expansión, caracterización y sobre todo, la relación con la política de uno de los movimientos religiosos más grandes y con mayor presencia en América Latina: el pentecostalismo.